

# Deconstruyendo a Derrida

JORGE CAMÓN PASCUAL

*Pasamos y soñamos. Ríe la tierra. La virtud es rara.  
El tiempo, el deber, los dioses pesan en nuestra feliz conciencia.  
Espera lo mejor y lo peor prepara.  
De esto habla la suma de nuestra propuesta ciencia.*

Fernando Pessoa, *Epitafios*

Se suele presentar a Jacques Derrida en determinados círculos filosóficos como uno de los representantes de aquella raza de Titanes engendrados por el gran Padre Nietzsche, aquel que abrió la caja de Pandora del pensamiento metafísico, en cuyo fondo quedó la Razón.

Mi propósito es que podamos abandonar un cierto maniqueísmo partidista y jíbaro. Incluso, y perdonen mi precipitación al comienzo mismo de este Congreso, me gustaría proponer desde ya la idea de que las dos palabras que nos han convocado estos días –deconstrucción y reconstrucción– no son antitéticas, sino complementarias, es decir, que ambas –y, claro, los procesos que designan– se co-implican, se necesitan mutuamente.

Quizá convenga recordar que el propio Derrida se mostró siempre receloso e inquieto frente al inesperado éxito del término “deconstrucción” y, posteriormente, frente al rizomático y polimorfo uso que de él se hizo. Derrida utilizó un nombre provisional para traducir la *Destruktion* heideggeriana y el *Abbau* husserliano. Para el temperamento provocador y polémico de Derrida, la deconstrucción definía una acción operada sobre el edificio, sobre la superestructura arquitectónica de la metafísica occidental dominante. Pero pronto se percató de que este vocablo implicaba un matiz de demolición, de aniquilación, de escombros y ruina, que no había estado nunca en sus intenciones. Para colmo, cierto academicismo norteamericano, fascinado por el hallazgo derridiano, “elevó” (entre

comillas) la deconstrucción al rango de método filosófico, lo que también resulta totalmente ajeno a los planteamientos del propio Derrida.

Por seguir con el símil arquitectónico, podríamos decir que el objetivo buscado no es tanto demoler el magno edificio metafísico, cuanto rastrear en sus planos y en su misma construcción pasadizos ocultos, criptas subterráneas, falsos muros, cámaras secretas, puertas cegadas, conductos y vasos comunicantes.

\* \* \* \* \*

Podríamos presentar y enmarcar a Jacques Derrida dentro de un movimiento filosófico determinado. Hay teóricos que hablan de “filosofía(s) de la diferencia”: el nombre Derrida se inscribiría entonces junto a otros tales como Foucault, Deleuze, Barthes, Blanchot, Lyotard; pero aunque nuestro autor se sienta él mismo cercano y solidario con estos pensadores, su propuesta nos parece única (solidaria, pero solitaria), por motivos que enseguida veremos. Podríamos hablar de filosofía estructuralista o postestructuralista; pero aunque simpatizara con ella, Derrida se siente “otro”: en *La escritura y la diferencia* encontramos algunos textos en los que se presenta una crítica *constructiva* (no *deconstructiva*) del estructuralismo. Podríamos hablar de filósofos de la postmodernidad; pero basta con leer sus análisis y reflexiones en *Espectros de Marx* para comprobar lo lejos que se halla Derrida de la llamada postmodernidad. Podríamos, en fin, ubicar a Derrida como filósofo nihilista, pero, como él mismo afirmó alguna vez, “rechazo de plano la etiqueta de nihilismo. La deconstrucción no es una clausura en la nada, sino una apertura hacia el otro” (citado en G. BENNINGTON, *Derridabase*)



Dejo en manos de los filósofos y de los historiadores la catalogación, la archivación de Derrida en alguna de las corrientes de pensamiento pasadas o presentes. Catalogación, adscripción, pertenencia son términos que yo procuraría evitar. El propio Derrida nos advierte de los límites de esa memoria humana, de la violencia ínsita en la catalogación, en el registro en su *Mal de archivo*. Prefiero hablar de *filiación*; las connotaciones de esta palabra son mucho más cercanas al estilo del propio Derrida, pues nos hablan de herencia, de derecho y bastardía, de lazos familiares (*heimlich*) o extrafamiliares (*unheimlich*), de la paternidad y la ley, de responsabilidad frente a las generaciones pretéritas y futuras.

Desde este punto de vista, encontramos filiaciones más o menos contemporáneas muy concretas en Derrida: Nietzsche, Freud, Kant, Husserl, Heidegger, Hegel, Bataille, Marx, Levinas... filiaciones todas ellas que

desencadenan diferentes textos derridianos de una riqueza poliédrica, y en los cuales desarrolla las líneas de fuerza de su pensamiento: *La Voz y el fenómeno*, *De la Gramatología*, *La diseminación*, *La escritura y la diferencia*, *Márgenes de la filosofía*.

Abriendo un largo paréntesis, digamos respecto a estos primeros trabajos que el esfuerzo de Derrida prolonga y profundiza el proceso iniciado por Heidegger a la "ontoteología", pero con un pensamiento mucho más cercano al psicoanálisis. Pues, en efecto, la llamada "ontoteología" se basa en una primacía de la mirada y la voz: la primera, en tanto voz de la conciencia (*Gewissen*), omnipresente y siempre idéntica a sí misma; y la mirada, el ver, como forma privilegiada del conocimiento, con acta de nacimiento en el *éidos* platónico. A esa conjunción es a la que Derrida denominará *falogocentrismo*. Pero, claro, sabemos desde Lacan que la mirada y la voz son dos formas, dos manifestaciones del *objeto a* y que, como tales, determinan los destinos pulsionales del sujeto. La mirada y la voz, que han estructurado históricamente las relaciones del hombre con la Verdad, son desveladas por Derrida como formas privilegiadas de dominación en el discurso filosófico, al determinar de forma exclusivista no sólo los modos legítimos de acceso a la Verdad, sino también, y sobre todo, lo que podemos entender por ésta. Esta posición entronca a Derrida con la *genealogía* de Nietzsche, la *arqueología* foucaultiana y la dilucidación psicoanalítica del Sujeto del inconsciente. Cierro el largo paréntesis.

\* \* \* \* \*

Tras esta presentación de Derrida, lo que en realidad les quiero proponer hoy es no sólo abandonar la esfera de la archivación histórica, sino también la de las filiaciones, y acceder a una tercera esfera, a un espacio de reflexión inédito que, sin embargo, no anula los dos anteriores, sino que los incluye, dándoles una nueva e inesperada dimensión. La puerta de acceso a esta tercera esfera será un texto del propio Derrida, un escrito autobiográfico, enigmático y descarnado, llamado *Circonfesión*.

En él, Derrida reflexiona sobre su vida y su obra a partir de un episodio dramático que opera como verdadero *punto de ignición* de la escritura: en 1989, su madre, enferma desde tiempo atrás, sufre una recidiva que le hace perder el habla y, con ello, la capacidad de llamar a su hijo, Jacques, por su propio nombre. A partir de ese enmudecimiento definitivo de la madre, Derrida, a la sazón también enfermo, se autoinscribe en el universo de la pérdida, de la falta: la de su nombre propio, que ya no podrá jamás volver a ser invocado por la voz materna: el espejo se hace



años y nuestro autor escribe su personal proceso de duelo en forma de confesión, y lo hace cruzando, entreverando su propio lamento con el de las *Confesiones* de San Agustín, evocando una serie de paralelismos à la Plutarco, que le sirven para revisar su múltiple herencia: judía, cristiana, argelina, francesa.



En *Circonfesión* somos testigos, pues, de un doliente proceso en el cual, la enfermedad y la inminencia de la muerte sacan a la luz el drama de fondo: que la pérdida de la voz materna se lleva en silencio el nombre, la filiación, la propia identidad... y con ello, la inscripción paterna, la Ley del padre, quedan en suspenso.

Recordemos que Derrida es judío, y en el judaísmo dicha inscripción de la ley paterna, es decir, del Nombre de Dios, en el varón, se realiza mediante el rito de la circuncisión, el *Brit Milah*, literalmente del hebreo, el “pacto de la palabra”. *Circonfesión* se presenta, pues, como la articulación de dos palabras: *circuncisión* y *confesión*. Imposible analizar este texto con el detalle que merecería. Pero quiero quedarme con un fragmento que resume no sólo el mensaje que quiere transmitirnos, sino que alumbra algo de la trayectoria misma, del destino de la *deconstrucción*:

Circuncisión, nunca he hablado más que de ello, tened en cuenta el discurso sobre el límite, los márgenes, las marcas, los pasos, etc., el cierre, el anillo (alianza y don), el sacrificio, la escritura del cuerpo, el *pharmakos* excluido o retraído, el corte/costura de *Glas*, cortarlo y volverlo a coser, que da pie a la hipótesis según la cual es de eso, de la circuncisión, de lo que, sin saberlo, sin hablar jamás de ello o hablando sólo de paso, como de un ejemplo, hablaba o me permitía hablar siempre (...) (14, p. 93)

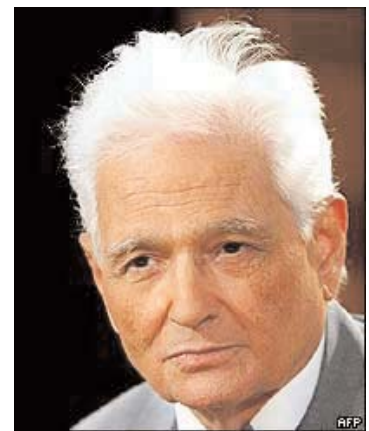
Literalmente, nos dice Derrida que en todos sus escritos, conferencias, opúsculos, colaboraciones, en toda su intensa y extensa producción, no ha hablado más que de una sola cosa: la circuncisión. O mejor dicho, lo que hace Derrida es convocarnos a leerle desde ahí, con esa clave de lectura. Más aún, mucho más aún, está relacionando, de forma directa pero implícita, con la operación ritual de la circuncisión una determinada forma de escritura.

La circuncisión, lo sabemos ya desde Freud, está vinculada con la castración –les recomiendo al respecto los magistrales desarrollos que a este tema dedica Laplanche en sus *Problemáticas*. Tiene que ver con la castración, decimos, y por tanto con el significante fálico, sí. Pero también con la alianza, con el pacto, con la filiación.

En su libro *El silencio del nombre*, Esther Cohen compara a Derrida con

Abraham Abulafia, cabalista del s. XIII, para quien comprender las Escrituras supone “derramar la sangre de las lenguas”, es decir, “circuncidar el texto” o –cito a Cohen– “hacerlo sangrar hasta encontrar en su *cuerpo*, y de manera concreta, en su *sexo*, la huella del Nombre”. Esta concepción revelaría –sigo con Cohen– algo perturbador en la teoría de Abulafia: el carácter estrictamente masculino o “fálico” de la escritura.

Pero claro, esa necesidad de “circuncidar el texto” –y en esto Derrida da un enorme paso adelante– demuestra la existencia de algo que escapa a la circuncisión, algo –llamémoslo por su nombre– relativo al Deseo de la Madre, que promueve una operación textual de escritura/lectura infinita. Es precisamente ahí donde Derrida invoca el poder de la escritura, su peligrosa subversión, su potencia transgresora. Ya Platón lo advierte en el *Fedro*. El *Pharmakon* de la escritura es a la vez cura y veneno, todo depende de la dosis y la forma de administración –y les aseguro que se puede morir de sobredosis de *deconstrucción* si no se lee cuidadosamente el prospecto o se deja al alcance de los niños. Por supuesto que aquélla tiene contraindicaciones y efectos secundarios, pero Derrida no sólo no lo ha negado jamás, sino que nos lo recuerda insistentemente a lo largo de su trayectoria intelectual.



Lo que a partir de aquí se revela es que la alianza, el “pacto de la palabra” que se canaliza a través del rito, permanece abierto, no clausurado, que *no-todo* se somete a él (como pretende el discurso logocéntrico). La *diseminación* entonces se define también como lo que no vuelve al padre, esto es, que hay una pérdida inevitable y constitutiva, algo así como en el principio de entropía; la escritura revela pues una cierta ausencia del padre, en cuyo hueco adviene lo otro, el Otro. La *deconstrucción* es por ello un pensamiento no de la identidad, sino de la alteridad. La no-clausura (la no-clausurabilidad) de la alianza entre el Padre y el Hijo se convierte en problemática desde una serie de puntos de vista que aquí no podemos tratar. Pero a la vez, gracias a esta apertura –corte, cicatriz, herida, huella– la alianza, como la identidad, está por-venir, es el por-venir. Lo cual, de forma paradójica y sorprendente, nos hace pensar que, en el extremo de su potencia deconstructiva, Derrida propone algo del orden de la reconstrucción misma, puesto que ese carácter de por-venir entraña una tarea preñada de responsabilidad (vean, por ejemplo, su texto *Dar la muerte*). Desde ahí creo que debemos entender, por un lado, la afirmación de Derrida de que hay un límite a la deconstrucción, que es el concepto de justicia, que ésta es indeconstruible (idea desarrollada en su conferencia publicada bajo el título de *Fuerza de ley*), por otro lado, entendemos también la especial forma de mesianismo que adopta Derrida, sobre todo a partir de *Espectros de Marx* y de *Políticas de la amistad*.





\* \* \* \* \*

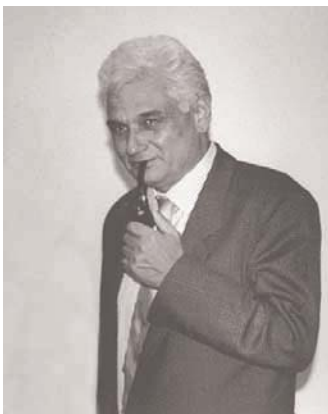
Resumiendo: acabamos de ver cómo se inscriben el Nombre del Padre y el Deseo de la Madre en la escritura derridiana, cómo interroga nuestro autor al corpus metafísico y a sí mismo –su *corpus*, su cuerpo– en *Circonfesión*.



Pues bien, esa tercera esfera de reflexión que les proponía al principio consiste en un alineamiento –que no es original mío, pero que les propongo aquí porque creo que aún no ha sido suficientemente explorado. Un alineamiento entre la cábala, el psicoanálisis y la deconstrucción –a estas alturas, y fallecido su artífice, habría que buscarle a ésta otro nombre, rebautizarla.

¿Por qué este alineamiento? Porque los tres –cábala, psicoanálisis, deconstrucción– son reescrituras:

\* La cábala reescribe el discurso religioso, suscita la interrogación por Dios, ese Yahveh no idéntico a sí mismo, cuya misma *Spaltung* conduce a la metonimia teológica interminable de sus nombres, cifrados en las letras del alfabeto hebreo. De ahí que el Mundo, al igual que el Libro (sagrado, se entiende, las Escrituras), sea un texto a descifrar; la cábala nos presenta el Mundo del hombre atravesado constantemente por la presencia enigmática y solicitante del Otro.



\* El psicoanálisis, a su vez, reescribe el discurso de la ciencia y, en particular, el discurso médico, al descubrir un cuerpo del deseo (herido de palabra y goce, es decir, sexuado) que subvierte el saber monolítico sobre el cuerpo biológico y haciendo advenir al sujeto del inconsciente, más allá del Yo y de la conciencia; un sujeto articulado con su fantasma, como expresión de la imposible coincidencia entre su ser viviente y su ser de hablante; un sujeto que adviene tal en tanto alienado al deseo del Otro, que hace que su devenir en el mundo tenga que habérselas con la pulsión que lo habita, separándole de la armonía de lo animal y abocándolo a la crudeza del encuentro con lo Real.

\* La deconstrucción, en fin, que descubre la *différance* en el corazón mismo de la metafísica occidental, en tanto negación de fundamento, de origen, de los pares antitéticos, las dicotomías en que nos ha encerrado la razón metafísica: presencia/ausencia, razón/sinrazón, ser/no-ser, interior/exterior, lo mismo/lo otro, etc, rechazando el segundo término de cada par o subordinándolo al primero. Derrida no aspira a subvertir dicho orden, pues permanecería entonces bajo el mismo yugo aunque

con diferente amo, no: lo que hace es precisamente subvertir la posibilidad misma de la dicotomía excluyente; inspirado en el teorema de Gödel, designa a través de la *différance* –que no es por ello un concepto, ni un principio– aquello que mantiene el sistema abierto, sin posibilidad de clausura. Si se me permite, diré que la deconstrucción apunta no a lo que un texto dice –a su supuesto sentido, a su hermenéutica–, sino a lo que calla, a lo que dice a medias, a lo que reprime, a lo que mal-dice... lo cual no significa que apele al sin-sentido como horizonte final de todo texto, sino a lo indecible o, mejor, a lo indecidible, a lo que hace que nunca se pueda llegar a tener sobre él la “última palabra” (¿Quién ha podido en la historia o podría ahora arrogarse el derecho a la “última palabra” sobre Platón, sobre Kant... o sobre Derrida?) Esta imposibilidad misma de las “últimas palabras” como límite a la razón es la esencia misma de la deconstrucción: la esperanza de la metafísica es poder hallarlas algún día... esperanza y nostalgia, pues su convicción es que esas palabras últimas están escritas de algún modo en el origen, son las que dan fundamento y sentido a nuestra existencia en este mundo. De ahí que la Verdad se haya concebido como Aletheia, como desocultamiento del Ser.

Nuevo paréntesis. Habría que añadir a esta terna –Derrida lo hace– el marxismo, en tanto reescritura del discurso capitalista, al reflexionar sobre el objeto, el fetiche y el fantasma, como conceptos clave de la economía. Les remito al excelente trabajo de Jorge Alemán, *Lacan en la razón postmoderna*, donde analiza en profundidad *Espectros de Marx*.

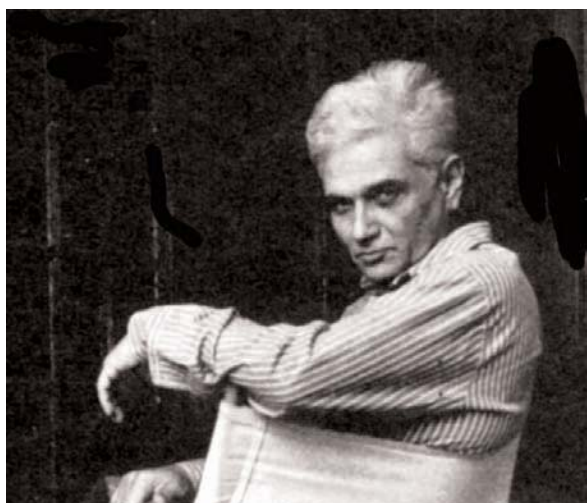
Habría que preguntarse también por qué todas estas escrituras son judías, y en qué medida este hecho –que no es en absoluto casual– tiene algo que ver con la crisis generalizada, con el desfundamiento de Occidente, con las aporías de esta civilización que denominamos judeocristiana, o judeogrecolatina, *Jewgreek* o *Greekjew*, que diría James Joyce. Habría que preguntarse si *un cierto* judaísmo –“un cierto”, dice Derrida en *Circonfesión*– no puede definirse como *sinthome* de Occidente, si un cierto judaísmo no es en sí mismo y de forma retroactiva una deconstrucción del cristianismo –o al menos de *un cierto* cristianismo. El judaísmo de Derrida debería ser investigado, pues él mismo nos ha dejado textos penetrantes sobre esta cuestión. Por ejemplo, ¿no podemos adivinar en el mismo concepto de diseminación un significante privilegiado que nos habla de la Diáspora, de la “diseminación” histórica del pueblo judío a lo largo y ancho del mundo? ¿Y no podríamos también asociar la idea arquitectónica de la deconstrucción al hecho de que el acontecimiento fundacional por excelencia de la conciencia judía es la destrucción del Templo de Jerusalén y su posterior “reconstrucción” como Templo inte-



rior, simbólico, en la forma del Libro, de la Torah? Dejo esta cuestión en suspenso, es decir: cierro paréntesis, pero con puntos suspensivos.

Tres escrituras, pues, que testimonian la necesidad de aceptar el hecho de la alteridad. Una alteridad que resulta problemática desde todos los puntos de vista (filosófico, psicológico, antropológico...), una alteridad que se manifiesta, a mi juicio, como el verdadero epicentro del llamado malestar de la cultura. ¿Por qué? ¿Por qué la necesidad humana de escribir/leer sin fin? ¿Por qué esa búsqueda infinita? Porque esa alteridad está implicada en algo que no se puede inscribir. Estamos hablando de la imposibilidad de la relación sexual, su no inscripción en el inconsciente; imposibilidad que, como ya apuntara Lacan en su seminario *Aún*, se define como *aquello que no cesa de no escribirse*. La cábala descubre, sorprendentemente, una esencia femenina en Dios, la *Shekhina*, expresión suprema, formidable de ese Goce Otro inalcanzable que ensombrece todo otro goce (fálico, sujeto al orden falocéntrico). La diseminación derridiana también nos habla (en diálogo con Bataille) de ese Goce que no siempre ni necesariamente es mortífero, asociado a la fiesta, al gasto, al desbordamiento, al don, a lo que él llama una *economía general*, opuesta a la *economía restringida* del sentido, asociado a la estructuración, al límite, al ahorro, al retardamiento, a la conservación, a una cierta administración de la muerte. Derrida pone en cuestión la Ley, pero no para derrocarla, no para anularla (no podríamos vivir sin ley), sino para mostrarnos que la *Dikhé* (la justicia) no coincide con el derecho, lo desborda, pues está del lado del don, no del de la obligación; está del lado de la economía general, que es a la vez crematística y pulsional, pues siempre acaba teniendo como límite al Otro.

El *Pharmakon* del que nos habla Derrida, en fin, pretende dar alivio (no curar) a ese malestar de la cultura. Es un medicamento muy potente pero efectivo. Insisto: cuiden la dosis.





### Bibliografía seleccionada

- ALEMÁN, J.: *Lacan en la razón posmoderna*, Miguel Gómez Eds., Madrid, 2000.
- ALEMÁN, J.&LARRIERA, S.: "El porvenir de una ilusión", en *Letra Internacional*, nº 69, Invierno 2000, pp. 39-44.
- ASSOUN, P-L.: *Freud y la mujer*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.
- BENNINGTON, G. & DERRIDA, J.: *Jacques Derrida*, Cátedra, Madrid, 1994.
- COHEN, E.: *El silencio del nombre. Interpretación y pensamiento judío*, Anthropos, Madrid, 1998.
- DERRIDA, J.: *Espolones. Los estilos de Nietzsche*, Pre-textos, Valencia, 1981.
- \_La tarjeta postal. De Freud a Lacan y más allá, Siglo XXI, México, 1986
- \_La escritura y la diferencia, Anthropos, Madrid, 1989.
- \_La deconstrucción en las fronteras de la filosofía, Paidós, Buenos Aires, 1989.
- \_Espectros de Marx, Trotta, Madrid, 1995.
- \_Mal de archivo, Trotta, Madrid, 1997.
- \_Resistencias del psicoanálisis, Paidós, Buenos Aires, 1997.
- \_Aporías. Morir-esperarse (en) "los límites de la verdad", Paidós, Buenos Aires, 1998.
- \_Márgenes de la filosofía, Cátedra, Madrid, 1998.
- \_Políticas de la amistad, Trotta, Madrid, 1998.
- \_Dar la muerte, Paidós, Buenos Aires, 2000.
- \_Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad, Tecnos, Madrid, 2002.
- \_Acabados/Kant, el judío, el alemán, Trotta, Madrid, 2004.
- FORRESTER, J.: *Seduciones del psicoanálisis: Freud, Lacan y Derrida*, F.C.E., México, 1995.
- HADDAD, G.: *El hijo ilegítimo. Fuentes talmúdicas del psicoanálisis*, Eds. De la Flor, Buenos Aires, 1996.
- PERETTI, C.: *Jacques Derrida. Texto y deconstrucción*, Anthropos, Madrid, 1989.